

Artículo no temático

Revisando el historial de “la joven homosexual”: ¿Dos encuadres - dos historiales?

Rodolfo Moguillansky, Mónica Vorchheimer

INTRODUCCION

En el escueto historial “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” (Freud, S., 1920a) Freud nos participa de su fracaso terapéutico. Lo hace con la misma honestidad intelectual que tuvo cuando escribió la epicrisis de Dora o se cuestionó sobre si el análisis era terminable o interminable. Él tenía la valentía de ir reformulando las bases teóricas y técnicas de su propio pensamiento, asumiendo muchas veces sus errores a pesar de haber desconocido, inevitablemente, los desvíos hacia donde lo condujeron sus propios hallazgos. Hay una larga tradición en regresar a los materiales clínicos de Freud, para volver a pensarlos. Intentamos en este texto inscribirnos en esa cultura.

En esta breve comunicación proponemos explorar –con todas las dudas, que como a nosotros, seguramente a muchos plantea– una consulta familiar, conjeturada sobre la base de aquella que le hicieron a Freud, cuando los padres requirieron su atención por esta hija, catalogada como “joven homosexual”, quien les provocaba tanto disgusto y cuidado.

Una pregunta frecuente entre analistas de niños y adolescentes, se suscita respecto a la pertinencia o necesidad de indicar un tratamiento familiar. No nos extenderemos sobre los múltiples argumentos que sostienen esta pregunta, pero mencionemos uno que suele inclinar a los analistas: la multideterminación de los síntomas entre los que se incluye la familia como causante de la enfermedad, o la noción de “hijo como síntoma de los padres”, etc. Sin embargo quisiéramos ampliar estas últimas proposiciones –o tal vez proponer una perspec-

tiva alternativa—ya que aunque tienen la virtud de extender el campo de causalidad, clausurado por Freud cuando dejó de creerle a “su neurótica” (Kaës, R., 1993; Moguillansky, R. 1999), y de recuperar las determinaciones familiares, no dejan de estar centradas en el “paciente designado” a quien se cree posible comprender mejor y abordar más convenientemente con el auxilio de la familia.

Como ocurrió con otras nociones psicoanalíticas, la técnica fue transformando los obstáculos en instrumentos y aunque la entrada de las familias a los consultorios analíticos constituyó sin duda un avance en el campo de las indicaciones y de los abordajes, queda aún un largo camino por recorrer hasta que la familia en sí —en sus determinaciones inconscientes— adquiera un status de pleno derecho como objeto de la indagación psicoanalítica y no sólo como recurso, herramienta o táctica para “los casos difíciles”. En las líneas que siguen, vamos a intentar una comprensión que abarque las relaciones dentro del conjunto entre la realidad psíquica intrasubjetiva y la intersubjetiva, intentando no perder las especificidades de ambas (Kaës, R., 1989; Moguillansky R., y Seiguer, G., 1996).

Es nuestra idea que cada encuadre recorta un campo de estudio específico y permite inteligir fenómenos de diferente orden, sin necesidad de plantear la superioridad de un encuadre vincular respecto del individual, aunque en ambos para su comprensión recurrimos a la hipótesis de la causalidad inconsciente (Kaës, R., 1993). Respecto de esto último nos resulta suficiente la noción de inconsciente que clásicamente usamos, aunque sí suponemos que la pertenencia a un conjunto produce “efectos inconscientes”.

Sí quisiéramos advertir que pensamos que cualquier encuadre es artificioso, como lo es cualquier método de observación. En ese sentido distintos encuadres producen, con su recorte, resultados heterogéneos. Cada contexto vuelve texto a ciertas manifestaciones; el resto pertenece a lo que quizás Bion (1965) llamaría “universo infinito y sin forma”.

Sabemos que el encuadre analítico es un método de reducción de variables, y su aplicación permite construir teorías y producciones de sentido que serán necesariamente solidarias con ese encuadre. El encuadre vincular, aunque acepte conjuntos que se autodefinen como tales —lo que parece engañosamente naturalizar el campo— no se salva de estos reparos y corre con los mismos riesgos, en tanto analizamos a través de un artificio: analizamos una familia en un encuadre que les proponemos, encuadre que —a nuestro juicio— hace

posible una escucha analítica, de modo tal que las construcciones teóricas y los sentidos que allí se producen son pertinentes para ese encuadre.¹

LA ENTREVISTA FAMILIAR

El analista que atenderá esta consulta, es un analista imaginado por nosotros. Además de su formación en psicoanálisis individual, ha recorrido un camino en la teoría y la práctica del análisis vincular. Sus ocurrencias y sus apreciaciones tienen ese *background*.

También la entrevista es inventada. Quisiéramos pedirle al lector el esfuerzo adicional de tratar a esta consulta familiar y al historial de Freud como dos materiales clínicos distintos, aunque la entrevista que imaginamos remeda la consulta que le hicieron a Freud.

El analista recibe un llamado telefónico de un señor quien luego de preguntarle si puede contarle algo, si él será reservado, le narra que su hija de dieciocho años, bella e inteligente, los tiene preocupados a él y a su esposa. Sienten cierto disgusto ya que son una familia de elevada posición social, y su hija persigue con ternura a una "dama de la sociedad", diez años mayor que ella. Agrega que tanto él como su esposa aseguran que esta dama, a pesar de su aristocrático apellido, no es más que una *cocotte*. Con interés y buena disposición comenta que la chica no parece tener deseos de tratarse aunque ellos estarían dispuestos a cualquier cosa con tal de ayudarla.

El analista, habituado por su práctica con niños y adolescentes a los destinos inciertos de los llamados "tratamientos por encargo" propone en cambio una entrevista familiar. Le indica al señor que venga la familia. El señor, algo desconcertado, pregunta quiénes deben asistir, a lo cual el analista cordialmente responde: "la familia, como ustedes lo consideren".

El día acordado para la cita llegan puntualmente el padre (de aspecto serio y formal), la madre (juvenil y algo coqueteadora) y la

¹ Por ello –esta es nuestra posición personal– los analistas no son expertos en algo llamado vida individual. *Pari passu* los analistas que trabajan con encuadres vinculares no son "expertos" en vida familiar sino sólo en analizar vínculos familiares con cierto dispositivo. Los significados son sólo pertinentes para un encuadre, Cualquier otra cosa que digamos serán "opiniones" basadas en la extrapolación.

hija (con aspecto adolescente). Ante la consigna del analista de que le cuenten cómo son como familia y por qué consultan, la hija señala que ella viene porque la trajeron. Los padres cuentan que la hija vive en casa de una amiga casada con quien mantiene relaciones íntimas, y que al mismo tiempo, esta mujer se entrega a amores disolutos con una cantidad de hombres. La hija escucha y no pone en entredicho esta mala fama pero eso no le hace desistir de su adoración por la dama. Aclara que no es que le falte “sentido de lo conveniente y decoroso”. El padre acota que “ninguna vigilancia ni prohibición la arredran de aprovechar las raras ocasiones que se le ofrecen para hallarse en compañía de la amada, espiar todos sus hábitos, aguardarla en la puerta de su casa o enviarle flores. ¡Es lo único que le importa! Ya no le importa su formación, ni el trato social –cosas que le inculcamos de chica–, ni los entretenimientos de los jóvenes y sólo tiene algunas amigas como confidentes o auxiliares”. La hija hace gestos cuando habla el padre, como si dijera “sos terrible”. A coro, los padres agregan que no saben hasta dónde llegó esta relación ni notaron si se interesó por hombres pero “están convencidos, que esta inclinación por las mujeres comenzó antes, en los últimos años”. El padre admite que “le despertó una rabia tremenda”. La hija dice por lo bajo que “él siempre se enoja, que se raya y es tremendo”. El padre prosigue: “Siempre pensé que esto se arregla con disciplina”. La madre cree que “no es tan trágico”.

El padre señala que lo que más “le desagrada es que se exhiba públicamente sin reparos sobre su propia fama y que a su vez se haya vuelto mentirosa para encubrir sus encuentros con ella”. Enfatizando, remarcan: “demasiada publicidad en un caso, y total disimulación en otro”.

Al pasar la madre hace un comentario en el cual da a entender que a ella su hija “sí la había hecho participe de sus confidencias durante un tiempo”, hasta que ella mismo le censuró que hiciera tan público el hecho. Eso “le parecía pernicioso”.

La hija agrega que la madre “siempre tuvo preferencia por sus hermanos varones, era muy poco equitativa, dura hacia ella y excesivamente tierna hacia los muchachos”. (*El analista se entera entonces de que hay muchachos en la familia; no lo sabía; serán otros hijos, supone sin certeza; ni se lo habían anticipado ni había venido nadie más que aquellas tres personas que tenía delante, a pesar de que les había dicho que viniera la familia*).

A continuación, el padre relata un episodio ocurrido hace seis

meses, arguye entonces en tono contundente: "Pasó lo que tenía que ocurrir, un día se topó por la calle con su hija, que se paseaba en compañía de esa dama, cuya relación se le había hecho notoria". A continuación subraya: "Pasé y la miré furioso y ella echó a correr y se precipitó por las vías del tren que pasaba por allí abajo". La madre advierte que "después de aquel lamentable episodio todo cambió". La hija agrega que ya "no la embromaron más y la dama empezó a tratarla más amistosamente".

El padre asevera entonces con tono enfático y admonitorio: "Dr., yo quiero que vuelva mi hija a la normalidad. Yo no lo he logrado, a pesar de mis esfuerzos por mantener la disciplina hogareña. Quizás, me dejé llevar demasiado por los miramientos hacia mi mujer, la madre de ella". *(El analista se encuentra sorprendido frente a esta aclaración; ¿no es obvio que "mi mujer" es la madre de ella"? ¿Por qué necesitará el señor redundar y aclarar? Se encuentra pensando si el padre tendrá otra mujer, ¿tendrá él una cocotte y hay que ser reservado? Se sorprende ante semejante ocurrencia a la que se ve tentado de descartar por impertinente, pero fiel a la tradición analítica, en cambio, se pregunta por qué se pondrá ahora suspicaz o prejuicioso).*

La madre, por su parte –como haciendo caso omiso de lo que se acababa de decir en la entrevista–, alega que "él siempre impuso demasiado rigor y los chicos se le alejan. Es un poco teatral y exagerado. Un impostado rigor porque en el fondo es un tierno".

Si el lector nos acompaña un tramo más en esta imaginada entrevista, a riesgo de redundar, en el siguiente diálogo encontrará un reflejo de la atmósfera familiar:

Padre: ¡¡Es que la homosexualidad es una desgracia, una degeneración, una enfermedad y hay que combatirla!! ¡¡Me exaspera!! Y aunque el Psicoanálisis nunca me gustó... si puede servir para corregirla... y si no, ya lo tengo pensado: un rápido casamiento ahogará las inclinaciones antinaturales y despertará los naturales.

Madre: Eso parece anticuado –y prosigue con una serie de adjetivos despectivos respecto del padre. *(El analista nota ahora que la mujer tiene sus encantos y que además lo mira de modo seductor, ¿una cocotte?).* ... Mientras ella –la hija– mantuvo una discreta reserva sobre su relación, pudimos hablar juntas de lo que sentía y diría, sin exagerar, que hasta lo disfrutamos. Lo que no pude tolerar es que lo hiciera público, lo exhibiera sin ningún pudor, eso es

pernicioso. Tengo que reconocer Doctor que no he sido equitativa en el trato con mis hijos, he tenido una actitud muy distinta con mi hija y con mis hijos varones. Con mi hija he sido dura, en cambio con los varones siempre tuve una relación tierna, quizás hasta en demasía. Tengo además de esta hija tres hijos varones, el menor nació bastante separado de los otros, sólo tiene tres años.

(El analista percibía que por un lado el “paciente designado”, no sentía que ella era “el problema”, no sufría de un “conflicto interior”. Más aún, mientras que se hacía sentir la presión por parte del padre que parecía decir: “mi hija es una enferma, ¡cúrela!, si usted lo hace seremos una familia feliz”, ella no padecía por razones internas, ni se quejaba por su estado.)

La hija entonces, alterada, con voz de alegato, prosigue:

Hija: ... mi amor por ...ella ... es... un amor puro. Ustedes no saben lo que es el amor; ella ha despertado en mí los más nuevos y fuertes sentimientos y sólo le he besado la mano; no ha querido ... otro tipo de relación (*tratando de darle a esta frase un tono admirativo, mientras el analista tenía la impresión que estaba intentando hacer de esta carencia de intercambio sexual una virtud*). Ustedes sólo conciben un amor como una experiencia corporal. En realidad cuando pienso en una relación sexual tengo una sensación de disgusto físico. Ella es muy noble, ustedes creen que es ella la que me ha seducido. Hasta antes del intento de suicidio hizo todo lo posible por disuadirme en el afecto que yo sentía por ella. Si he accedido a venir aquí no es porque yo crea que mi inclinación hacia ella es incorrecta, sino porque me doy cuenta que ustedes están avergonzados de lo que siento. ¡Sólo por eso vine! Ustedes son los que tienen el problema... y no me dejan en paz.

Padre: No sé qué le ha ocurrido, cuando era chica nunca tuvimos preocupaciones por ella. En una familia siempre hay alguno que da trabajo, problemas, enfermedades, cosas que alteran (*El analista tiene la impresión de que el padre le dirige directamente esta frase como si fuese una insinuación; le parece que hay alguna ambigüedad en su decir, cuando la madre se adelanta agregando*).

Madre: ¡Si fue una chica absolutamente normal! Ella es la mayor de mis hijos, mi segundo hijo, nació cuando ella tenía cinco años. Siempre había sido muy cariñosa, pero ahora.... Recuerdo que cuando tenía trece años estuvo muy encariñada con un chiquito de tres años que veía en un parque. A mí me pareció un poco exagerada la predilección que tenía por este nene; hasta llegó a hacerse amiga

de los padres del niño. Fue una época en que tuve que estar muy encima de ella, controlando para que esté alejada del padre... pero al poco tiempo pasó, y empezó a interesarse por mujeres mayores, aunque no viejas, mujeres jóvenes, pero mayores que ella. Esto a veces se hizo evidente y mi marido la retó muy seriamente. Ella tenía por esa época dieciséis años, lo recuerdo con precisión porque fue cuando yo estuve embarazada de mi último hijo, que ahora tiene tres años.

Hija: A mí me había irritado que mi padre se haya opuesto vehementemente, en un veraneo a que tenga trato con una actriz de cine. Esas mujeres no eran homosexuales. Incluso frente a una propuesta de una amiga homosexual, de mi misma edad, yo misma había rechazado sin vacilar la propuesta que me había hecho. Ahora, en cambio, la pésima fama de esta dama me despierta una gran compasión y siento que podría rescatarla de esa indigna posición y regresarla a la castidad genital (tras una pausa continúa). Un día fui a pasear por un paraje por donde sabía que iba a encontrar a mi padre, y al encontrarme con él, me arrojó una mirada furiosa, y tras eso me precipité en las vías de un ferrocarril. *(Era evidente para el analista que detrás del aparente respeto por los padres, por cuyo amor se sometía a la entrevista familiar, se ocultaba una actitud de despecho y venganza hacia el padre).*

Tiempo después, en el curso de la entrevistas familiares que siguieron, la hija contó una serie de sueños en los que expresaba su júbilo por las perspectivas de vida que se le abrían, confesaban la añoranza por el amor de un hombre y por tener hijos. Se casaría y armaría una hermosa familia, tal como la que sus padres hubieran soñado para ella.

En un arranque de candidez, el analista supuso que en estos sueños se anticipaba la cura de la inversión sexual por el tratamiento. Pero, también recordó que Freud, ante un material similar, había sido igualmente ingenuo. En virtud de que las asociaciones no condecían con lo que manifiestamente se mostraba en el sueño, Freud había interpretado "que no daba fe a esos sueños, que eran mendaces o hipócritas y que la hija tenía el propósito de engañarlo como solía engañar al padre". Había para él en los sueños la idea de casarse para sustraerse de la tiranía del padre y vivir entonces sin estorbo sus reales inclinaciones. De ese modo podría mantener las formas y

entonces desarrollar relaciones simultáneas con un hombre y una mujer. También nuestro analista recordó que Freud había pensado que junto al intento de despistarlo y vengar así al padre, había una pizca de galanteo; había un intento de ganar su interés y su buena disposición, quizás para defraudarlo más tarde con mayor profundidad. De igual manera el analista recordó que estos sueños le habían planteado a Freud un problema teórico; se imaginaba que los analistas frente a esta caracterización podrían decir “¡Con que también el inconsciente puede mentir, ese núcleo real de nuestra vida anímica, a aquello en nosotros que se acerca a lo divino tanto más que nuestra conciencia”. Sin embargo, frente a esto, Freud no se arredra y concluye que el sueño no es el inconsciente; es la forma en que un pensamiento que ha quedado pendiente desde lo preconscious o aún desde la vigilia puede ser trasegado gracias al estado del dormir. Para nuestro analista vincular el valor a darle al sueño individual dentro de una entrevista familiar constituye un problema adicional (Vorchheimer, 2001).

PRIMEROS COMENTARIOS SOBRE LA REALIDAD PSÍQUICA DE LA JOVEN

Ante esta consulta familiar, el analista no podía dejar de evocar el historial de la joven homosexual que brevemente atendió Freud, ni olvidar las reflexiones que él había hecho.

Recordaba que Freud, había caracterizado a aquella consulta como un “análisis por encargo”. Sostenía que “la muchacha no es una enferma –no padecía por razones internas ni se quejaba de su estado–, y la tarea propuesta no consistía en solucionar un problema neurótico, sino “transportar una variante de la organización sexual a otra” (Freud, 1920a). ¿No debería, se preguntaba el analista, seguir los pasos de Freud, “estudiar con minucia a la muchacha, durante algunas semanas o meses, a fin de pronunciarme después sobre las posibilidades de obtener algún efecto mediante la prosecución del análisis”?

Sin embargo, pese al peso que en su modo de pensar le hacían sentir las consideraciones que Freud había hecho frente a una clínica análoga, encarar un análisis individual en esas condiciones, chocaba con lo que también Freud había admitido con franqueza, que “para la paciente no era urgente ser emancipada de su homosexualidad”. Al contrario, no podía imaginar otra clase de enamoramiento; pero

agregó, "por el bien de sus padres quería someterse honradamente al ensayo terapéutico, pues le pesaba mucho causarles pena así".

Era claro para el hipotético analista, que el deseo de la paciente, por lo menos en la primera impresión, no estaba dirigido a preguntarse por lo que ella sentía sino que era más bien una concesión a sus padres. El analista, no estaba tampoco dispuesto a abandonar tan rápidamente un modo de abordar la comprensión de los fenómenos psíquicos que contaba con tan larga y reconocida tradición. Se preguntaba a sí mismo, ¿qué hubiese pensado Freud frente a un caso similar? Recordaba que en aquel historial, Freud había especialmente reparado en la "predilección tierna que tenía la joven, a juicio de todos exagerada, por un niño que aún no había cumplido los tres años... —lo cual lo condujo a inferir que en esa época estaba dominada por un fuerte deseo de ser madre ella misma y tener un hijo. Pero poco después el niño comenzó a serle indiferente, y ella empezó a mostrar interés por mujeres maduras". Frente a ello, para Freud adquirió el carácter de certeza que esta mudanza —el pasaje de su libido depositada en la maternidad a una homosexualidad enamorada de mujeres maduras— coincidió con un acontecimiento ocurrido en la familia: el nuevo embarazo y el nacimiento del tercer hermano, cuando ella tenía dieciséis años. A juicio de Freud "el análisis permitió reconocer indubitablemente que la dama amada era un sustituto de la madre". También con astucia y a través de distintos indicios, Freud deducía que "el objeto en definitiva elegido no correspondía sólo a su ideal de mujer, sino también a su ideal de hombre; reunía la satisfacción de las dos orientaciones del deseo, la homosexual y la heterosexual". De igual forma recordaba que Freud sugería que el intento de suicidio era por un lado un cumplimiento de un castigo (autopunición por sus deseos de muerte contra el padre y la madre embarazada), y un cumplimiento de deseo, el deseo de tener un hijo con su padre, cuyo desengaño a juicio de Freud la había precipitado en la homosexualidad.

Freud acentuaba el carácter viril de la joven: sus cualidades intelectuales y su tajante inteligencia junto a la fría claridad de pensamiento cuando no estaba dominada por la pasión. Describía también la actitud masculina en el amor por la cual el designio de rescatar a la dama de su indigna posición de *cocotte* era una meta central que acompañaba la sobreestimación sexual y la humildad amorosa al amar más que anhelar ser amada. Aunque advertía Freud que efectuar estos distingos entre lo masculino y femenino corres-

ponden más a las convenciones que a la ciencia, el misterio de la homosexualidad parecía desvelarlo.

Era difícil para nuestro imaginado colega desestimar el peso que el Maestro le otorgaba al “moldeamiento por un *influjo exterior* operando desde época temprana... que se querría concebir como especificidad constitucional” (Freud, 1920a, pág. 162) para explicar la psicogénesis de esta “variante sexual”. Recordando “El malestar en la cultura” (Freud, 1930), se preguntaba nuestro analista familiar si sólo el cuerpo y su base constitucional podía concebirse como “influjo exterior”; ¿no podría ser considerada la pertenencia a los conjuntos, la exigencia de trabajo requerida al aparato psíquico desde la relación con los otros como otro “factor pulsionante” (Freud, 1920b), como otro “influjo exterior” con efectos determinantes para la constitución subjetiva?

Reservó esta idea para más adelante, ya que volvieron a su memoria los muchos comentarios que otros analistas habían hecho sobre este corto y conflictivo historial, en especial sobre los sueños de la “joven homosexual”, similares a los que le contaba esta otra joven en la familia que estaba entrevistando.

Aparecían entre sus ideas las consideraciones de Jacques Lacan en *El Seminario 4, La relación de objeto* (VI-9 de enero de 1957), cuando luego de advertir que “es este problema de la ‘perversión’, el más problemático en la perspectiva del análisis, a saber, la homosexualidad femenina” (pág. 45), les explicaba a los asistentes a sus clases, que el lazo pasional que liga a “la joven homosexual” con “esta dama”, es algo que “la pone en relaciones muy penosas con su familia. Nosotros –sigue diciendo Lacan– escuchamos a continuación que estas relaciones muy penosas no son extrañas a la instauración de toda la situación; para decirlo todo, que eso vuelva al padre absolutamente furioso es ciertamente un motivo, parece, por el cual la joven de una cierta manera no sólo sostiene esta pasión sino que la profundiza. Quiero decir, esta especie de tranquilo desafío con el cual ella, prosigue sus asedios con relación a la dama en cuestión, sus encuentros en la calle, la forma en que ella muestra en público parcialmente su affaire haciendo ostentación, todo esto basta para que sus padres no ignoren de eso nada y muy especialmente su padre”. Intentaba también Lacan explorar la explicación de Freud porque “la situación ha sido sin salida en el interior del tratamiento: es en tanto que la resistencia no ha sido vencida que todo lo que ha podido decirle no ha hecho más que interesarle enormemente, sin que

abandone sus posiciones últimas, a saber, que ella ha mantenido todo esto, como se diría hoy en el plano intelectual"... Recordaba que Lacan seguía afirmando que "no se puede decir que haya habido ausencia de toda transferencia". Lacan sugería que Freud no se engañaba, veía que Freud se daba cuenta de una transferencia, en el doblez, en el contrasueño que se expresa en los sueños: tratar "de reproducir con Freud la posición fundamental de juego cruel que ella ha llevado con el padre" (ibid, pág. 51). Lacan examinaba con fineza, que si bien Freud percibía lo engañoso del sueño, quedaba atrapado en un conflicto contratransferencial similar al que tuvo con Dora. Esto Lacan lo decía, porque Freud afirmaba que "la joven homosexual" con el sueño quería envolverlo, cautivarlo, "que la encuentre interesante". Lacan suponía entonces que Freud no estaba totalmente libre en este asunto... "lo que quiere evitar es justamente lo que él afirma, que le es prometido lo peor, algo en donde se sentirá *desilusionado*, –que entonces– está muy cerca de *hacerse ilusiones*". Lacan concluye que al ponerse en guardia contra estas ilusiones ya ha entrado en el juego, realiza el juego imaginario, a partir de este momento lo hace devenir real, puesto que está adentro.

Tantas veces había leído este pasaje sin reparar en las dos últimas frases. Ilusiones... desilusiones. Creyó que podría encontrar allí alguna pista para comprender la dinámica de este grupo familiar. Pero, pensó, debía primero prescindir de todo cuanto ya había sido dicho, escrito, comentado a propósito de aquel caso de 1920, que tantas resonancias tenía en él, y disponerse a pensar ahora en este nuevo material vincular prescindiendo –hasta donde le fuera posible– de sus memorias. A fin de cuentas –se repetía– cada material clínico resulta de la conjunción entre un campo de fenómenos iluminado a partir de los referentes teóricos con que se lo mira y de la correspondencia supuesta con el recuerdo de la experiencia analítica habida (o imaginada, para el caso que nos ocupa).

NUEVOS COMENTARIOS SOBRE EL CONJUNTO FAMILIAR

Al esfuerzo de apartar de su cabeza las consideraciones sobre la pertinencia de haber propuesto de entrada una entrevista familiar, cuando Freud frente a una clínica parecida no sólo no lo había hecho sino que ponderaba a la familia como un escollo para la cura analítica, se sumaba el hecho que frente a esta familia, no podía desprenderse

de un sentimiento de incomodidad. Tratando de individualizarlo, pensó que esta incomodidad se arrastraba desde la comunicación telefónica que había tenido con el padre cuando concertó la primera entrevista.

El analista tenía la impresión que este hombre, el padre, ya desde la comunicación telefónica, le hablaba con enunciados preñados de certezas, como representando un orden sobre cómo debían ser las cosas, en los que no cabían demasiadas dudas que él juzgaba y que su modo de pensar estaba a la “diestra de dios”. Era obvio para el analista –desde lo enunciado por el padre como vocero– que esta familia no venía a que los ayudara a averiguar algo que ellos no sabían. Si aceptaban al analista como interlocutor –recordemos que el padre decía que el psicoanálisis nunca le gustó–, era sólo si era capaz de reencauzar esa desgracia, combatir esa degeneración, esa enfermedad... si podía servir para corregirla, para extirparla.

En la reflexión sobre su incomodidad el analista recordaba cómo Ronald Laing (Laing, 1964), en la década del sesenta, había postulado que frente a “un enfermo diagnosticado”, se suele pensar que *tiene un proceso patológico*, y que era clave para Laing cómo calificar ese “proceso patológico. Laing decía, en aquel legendario libro, que era importante dirimir si se suponía que el proceso patológico *“es una realidad, o una hipótesis, o una presunción, o una opinión. Considerarlo como una realidad –afirmaba Laing– es decididamente erróneo. Considerarlo como una hipótesis es legítimo. Es innecesario –agregaba– formular la presunción o aceptar la opinión”* (pág. 12). El analista entonces se preguntaba si su incomodidad se debería a que no sólo se le estaba pidiendo un “análisis por encargo”, sino que también se lo coercionaba a participar de una *Weltanschauung*, de una axiología, que convertía la definición “patológica” de la hija –la homosexualidad– en una realidad obviamente indeseable. ¿Este hombre sería el vocero de una *creencia* compartida por todo el grupo familiar?

En tren de responderse, el analista pensó que este *clima* con el que se entraba inicialmente en contacto y que se manifestaba en la sofocante exigencia a asentir con los valores dictaminados por el padre, no era, sin embargo, totalmente representativo de lo que sucedía en el interior de este conjunto familiar. Luego de un breve lapso de tiempo, el calor cedía en la entrevista y se hacía evidente que este aire sofocante era sólo el aliento de un tigre de papel; que este orden que quería establecer el padre era sólo un barniz. Confirmando

esta caracterización, notó el analista que la exasperación del padre, que era calificada por él como la reacción lógica ante una hija con “inclinaciones antinaturales”, perdía consistencia ante la frase de su mujer: “*¡no es tan trágico!*”. Que incluso aunque en lo que decía el padre, había implícita una amenaza (si la hija no se avenía a adecuarse a “*lo que era natural*”: *ya lo tengo pensado: un rápido casamiento ahogará y despertará los naturales*) eso era “cartón pintado”. El inicial acuerdo entre los padres que determinaba que la hija padecía un “proceso patológico” era sólo aparente. La madre, a poco andar, decía que mientras la hija mantuvo una discreta reserva sobre su relación, hablaron juntas de lo que sentía y afirmaba, que hasta lo disfrutaron. Lo que le parecía inadecuado es que lo hiciera público, lo exhibiera sin ningún pudor, eso era lo pernicioso.

El analista había registrado el desenfadado coqueteo de la madre con él, sin que su marido aparentemente tuviese algún registro de ello. Por el contrario, mientras su mujer coqueteaba con el analista, el marido/padre, seguía dando indicaciones acerca de cómo debía ser la hija, qué tendría que hacer el analista, etc. De modo que *pernicioso* tenía significaciones diversas según se tratara del padre o la madre.

Nuestro colega pensaba que si bien se lo conminaba a que se plegara al dogma que el padre enunciaba, “*había que realizar una limpieza de costumbres antinaturales*”, en el seno familiar coexistía otro orden, más consistente, que sostenía que esto sólo era una fachada que había que sustentar hacia fuera. Se preguntaba entonces: ¿sería lo que se presentificaba en la entrevista, expresión del tipo de relación que tenía esta pareja de padres? ¿Era ésta una pareja, en la que la mujer le dejaba creer a este “energúmeno”, que las cosas en esa familia se hacían del modo en que él vociferaba, pero por lo bajo mantenía otro tipo de organización, en la cual en secreto se desplegaba una relación *non sancta*, pero divertida entre estas dos mujeres (una madre y una hija)?

Desde su *background* teórico, el analista tenía el (pre)concepto que el modo de desplegarse el conflicto vincular en el *setting* analítico guarda alguna relación de invariancia con los modos de constitución del vínculo. ¿Sería entonces esta pareja (de padres), desde sus orígenes una relación entre un gritón inconsistente—vocero de los valores del *establishment social*— y una mujer que se había plegado a él para guardar la formas, pero que en su interior... *no se había casado*? O para decirlo de otro modo, ¿de este modo estaban casados? ¡Porque casados estaban! Es evidente que el primer *casado*

no quiere decir lo mismo que el segundo. ¿Cómo es entonces el vínculo entre ellos?

Imaginó que quizás habían constituido un vínculo —de alianza— basado en que él había conseguido realizar lo que se suponía “*debía hacerse*” y su mujer cumplía adecuadamente el papel de hacer esto creíble a sus ojos. En este modo de relacionarse, que por otro lado se había mostrado estable durante varios años de matrimonio, había además una regla: no estaba permitido que fuese exhibida, ni la inconsistencia del padre, ni la relación entre estas mujeres que lo excluía. Tampoco debía quedar al descubierto que existía esta regla, aunque ellos ignorasen que así ocurría. Suponía también el analista, que la hija había participado de esta modalidad relacional: un funcionamiento que estas mujeres mantenían “entre casa”, y probablemente también fuera; esta organización vincular abarcaba tanto a un padre descalificado, como a una madre coqueteando con otra/o como había ocurrido en la entrevista familiar en que se hizo ostensible el coqueteo de la madre con el analista, siempre y cuando se cumpliera con la regla: que estuviese convenientemente oculto, que se hiciera con la debida discreción.

Visto así, lo que se denomina *la homosexualidad de la joven*, además de expresar una eventual predilección sexual de la muchacha, es algo que tiene un complejo significado en la realidad intersubjetiva de esta familia. Desde esta perspectiva parecía que la hija había *pateado el tablero* mostrándose *públicamente* con la *cocotte*. Y el hecho de hacer algo público no parecía un dato menor. ¿Por qué habría esto ocurrido? ¿Por qué habría entrado en crisis este modo de organización familiar? ¿Algún evento no previsto había operado como un accidente? El analista recordó la hipótesis de Freud. ¿Se habría sentido traicionada por su madre con este embarazo tardío, tres años antes? ¿En función de su despecho estaría la hija rompiendo un acuerdo que había mantenido con su madre y a la par denunciando la alianza hipócrita entre sus padres?

Un papel importante juegan en nuestra comprensión los sueños que en el curso de las entrevistas cuenta la hija. Creemos que a través de la hija —de esta inventada familia—, al igual que en el tratamiento llevado adelante por Freud, se exterioriza un *engaño*. Suponemos que se despliega una transferencia sobre el analista, al que no sólo se lo quiere entusiasmar con una posible *cura*, sino que también se desea hacerlo participar de un análisis que es en sí una fantochada.

La mirada familiar aporta una significación algo diversa sobre el

significante “engaño”. En el despliegue transferencial durante la entrevista, el engaño revela y encubre simultáneamente el “complejo nuclear” de esta familia, que se asienta sobre ese pacto inicial de *guardar las apariencias* a los fines de mantener en reserva el acuerdo hipócrita entre los padres y conservar el coqueteo de la mujer por fuera del matrimonio. ¿Quién será el destinatario originario del cómplice coqueteo otrora dirigido a la hija y en la entrevista al analista –y que el padre desestima–? ¿Será la madre de la madre? De cualquier forma, pareciera que el engaño denuncia dicho pacto hipócrita sobre el que recaía aparentemente el mandato de *ser reservado*. Algo que se ha hecho público para la familia y hacia afuera a través de la homosexualidad de la hija rompió un aparente *status quo* inicial.

Podrían todos, incluido el analista, crear una familia –y un análisis– aceptable para el consenso social –como el matrimonio de esta pareja– a los fines de que paralelamente puedan mantenerse ocultas otras motivaciones, pactos y acuerdos inconscientes. De darse eso, el analista estaría investido de similar modo a cómo esta familia, incluido el padre, inviste al padre (como alguien a ser engañado y ocultado en su inconsistencia), al matrimonio (como un arreglo convencional para permitir otro arreglo de “indigna condición”), a la familia (como la sede de la aristocracia de elevada posición, de lo sancto y de la castidad, pero que encubre las indignas pasiones en juego).

Nos queda en este material –entre varias– otra inquietante pregunta: ¿por qué vinieron los que vinieron y por qué no vinieron los hijos varones? ¿Esto describe alguna geografía familiar? ¿Hay en esto alguna línea de cesura? Sólo recordemos que la madre había dicho que el marido en el fondo es un tierno y más tarde agregó que con los hijos tiene, a diferencia de con su hija, también un trato tierno. Creemos que sería una tarea importante intentar entender qué significa en esta familia el significante *tierno*, ya que se acentúa varias veces en el material la necesidad de aclarar que el contacto entre la hija y la dama no es un contacto sexual; sólo abrazos y caricias. Que la “castidad genital” haya permanecido intacta parece un dato relevante, sobre todo si tomamos en cuenta que el desencadenante manifiesto de la consulta es el ingreso *público e indecoroso* de algo sentido como su opuesto: una sexualidad que debía de quedar oculta o excluida. Pensamos que la constitución de toda familia tiene en su origen tanto la ilusión en la comunidad en el cumplimiento de deseos

(enunciados de fundamento), como la defensa contra la realización de deseos (pacto denegativo). Aquello que en el origen forma parte de la renuncia, de lo excluido, está expuesto a reingresar bajo la forma de la desilusión, el síntoma, la ruptura, etc. ¿Qué lugar ocupará en la vida de esta pareja la “castidad”? ¿Habrá habido algún pacto de “no-sexualidad” en la vida matrimonial? ¿Ocuparía el analista alguna posición transferencial relevante —como lo sugería Lacan— en el juego de las ilusiones y desilusiones? ¿Traerá a esta familia la adolescencia de la joven un reavivamiento del erotismo que pudo haber sido pactado como algo por fuera de la castidad del matrimonio?

EPILOGO

Volvamos por un instante a nuestros dos analistas y en un último esfuerzo imaginativo situémoslos juntos a intercambiar ideas sobre el psicoanálisis en la práctica y clínica actuales. ¿Podrán intercambiar experiencias y entenderse? Para ello, ambos debieran de estar en condiciones de tomar todas las hipótesis que han ido desplegando respecto de estas (inventadas) entrevistas familiares, con la misma provisoriedad conjetural que tenemos respecto de las que “fueron construidas” en las entrevistas individuales. Pueden ser todas equivocadas; estas ideas únicamente tendrían algún asidero en función de las asociaciones que se produjeran en entrevistas/sesiones posteriores. En esto, sin embargo, el Dr. Freud cuenta con alguna ventaja ya que él ha llevado adelante un análisis, aunque breve, pese a no haber avanzado más que hasta la fase inicial, como nos lo comenta en su libro. ¿Entonces, con qué propósito sentarlos a dialogar en esta ocasión? Probablemente para mostrar diversos vértices de observación que se abren en la mente de dos analistas, cuando un material es explorado en entrevistas individuales y en un encuadre vincular.

Abusando quizás de un último esfuerzo de imaginación de nuestro lector y cuando resulta ya claro que hay muchos modos de entender tanto un material individual como vincular, démosle la palabra al Dr. Freud, quien acercándose a nuestro colega le pregunta: “Doctor, sea sincero y no tema herir mi susceptibilidad; ¿cree que a usted le hubiera ido mejor que a mí con su encuadre y sus conceptos?”

Nuestro colega, se adelantó sin vacilar: “Mi admirado Maestro, ¿es que usted cree, que existe la posibilidad de predecir la preferencia

en la elección de un encuadre por sobre otro basándose en criterios generales y adivinar los ulteriores pasos que cualquier análisis pudiera seguir? Usted mismo nos ha enseñado qué precario es nuestro instrumento a la hora de formular predicciones, enunciar generalizaciones; y cuán personal es la aplicación de nuestro método, singular a cada paciente como así también qué misteriosos son los avatares de las transferencias. Compartimos, Doctor, un campo aún pleno de incertidumbres a pesar del cual no debemos atemorizarnos en encarar cada análisis como usted mismo lo hizo, con el carácter de un ensayo. Cada encuadre es suficiente para comprender ciertos fenómenos, a la par que resulta inconsistente a los fines de otros”.

Esto que hemos escrito es sólo nuestra perspectiva personal de cómo podría entenderse este material en un encuadre vincular. Otro psicoanalista vincular seguramente podría ofrecer otro enfoque.

BIBLIOGRAFIA

- BION, W. (1965) *Transformaciones*. Centro Editor de América Latina, Bs. As. 1968.
- FREUD, S. (1920a) Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. O. *Completas*, A.E. Tomo 18.
- FREUD, S. (1920b) Más allá del principio del placer. O. *Completas*, A. E. Tomo 18.
- FREUD, S. (1930) El malestar en la cultura. O. *Completas*, A.E. Tomo 21.
- KAÉS, R. (1989) El pacto denegativo en los conjuntos trans-subjetivos. En *Lo Negativo*, Amorrortu, Bs. As, 1991.
- KAÉS, R. (1993) *El grupo y el sujeto de grupo*. Amorrortu, Bs. As, 1995.
- KAÉS, R. (1993) *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Amorrortu, Bs. As, 1996.
- LACAN, J. (1957) *Seminario IV "La relación de objeto"*. Clase del 9 de enero de 1957.
- LAING, R. Y ESTERSON, A. (1964) *Locura, cordura y familia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1967.
- LIDZ, T. Y COL. (1957) "El medio intrafamiliar del paciente esquizofrénico: la

transmisión de la irracionalidad". En: *Interacción familiar*, Tiempo contemporáneo, Bs. As., 1971.

MOGUILLANSKY, R.; SEIGUER, G. (1996) *La vida emocional de la familia*, Lugar ed., Bs. As. 1996.

MOGUILLANSKY, R. (1999) *Vínculo y relación de objeto*, Polemos, Bs. As.

VORCHHEIMER, M. (2001) Sueño y clínica vincular, en *Actas Segundo Congreso Familia y pareja*, Bs. As., 2001.

Rodolfo Moguillansky
Juncal 2064, 3° "A"
C1116AAF, Capital Federal
Argentina

Mónica Vorchheimer
Algabeño 27, 4° "B" 28043
Madrid
España